

El secreto de Zópiro en Babilonia

BASILIO BALTASAR

La comisión de investigación nombrada por el Senado de Estados Unidos quiere que la Casa Blanca diga todo lo que presumiblemente sabe sobre el 11 de septiembre de 2001 y espera descubrir así el origen de la presunta negligencia cometida por los servicios de seguridad nacional. Su perseverancia es ejemplar, pero no parece que a estas alturas George Bush Jr. renuncie al soberbio atributo de todo presidente que se precie de serlo: el *secreto de Estado*. Una prerrogativa de la que ningún político en su sano juicio abdicaría sólo para dejar a merced de sus adversarios la prueba de unos deslices impertinentes o el arsenal de datos a cuya celosa administración se aplica sin desmayo.

Que haya asuntos públicos a los que en ningún caso deba acceder el ciudadano es una presunción vigente en la cultura política contemporánea y, aunque se niegue con vehemencia, un *hombre de Estado* se considera autorizado a omitir informaciones de interés general y súbitamente facultado para distinguir cuáles conviene mantener en secreto.

Es una desconcertante mutación la que una y otra vez tiene lugar ante nosotros: el representante elegido mediante sufragio universal sale de las urnas y, acto seguido, ingresa en un club de juramentos confidenciales. Y a despecho del mandato conferido por los ciudadanos, los electos se transforman en selectos miembros de una casta distinguida por el privilegio del secreto.

Ni la pestilencia emanada de las *cloacas* del Estado ni el degradante espectáculo de los traficantes de información —mer-

cancia política al servicio de pugnas mafiosas— desprestigian definitivamente el usufructo del secreto. En la democracia moderna subsiste como *carisma de responsabilidad* la ocultación de ciertas historias a la opinión pública y, por más que se le critique, no deja de admirarse al gobernante que sabe sacar provecho de lo que calla. Es sorprendente que cause tanto respeto este vestigio teocrático en comunidades políticas vinculadas por el ejercicio de la razón democrática e históricamente impulsadas hacia la demolición de lo oscuro.

Para intentar remediarlo podríamos consultar las vivísimas lecciones que ofrece la historia y acoger con más escepticismo la versión oficial de acontecimientos envueltos en una maraña de complicadas intenciones. La maestría de los clásicos, como tantas veces se ha dicho, es insuperable y nos enseña a comprender para qué sirve un secreto que quiere confundir al enemigo y, al mismo tiempo, despistar al mundo.

En el siglo V antes de Cristo, Herodoto de Halicarnaso, haciendo de la memoria y de la capacidad de observación un

nuevo género literario, y dando a sus lectores y oyentes la veracidad que empezaban a reclamar, recogió, entre otras muchas noticias, la historia de la expedición de Darío contra Babilonia. Herodoto nos cuenta cómo se afligía el ejército persa durante el prolongado asedio a la ciudad amurallada y cómo se ensayaron todos los ardidés y todas las astucias mientras los babilonios se mofaban de los persas bailando en lo alto de las almenas. Sólo uno entre los notables del séquito de Darío, persuadido por un prodigio sobrenatural, sabe que la victoria persa está ya fijada por el destino. Zópiro, para gran confusión y espanto de Darío, comparece ante su rey horriblemente mutilado: se corta la nariz, se corta las orejas, se azota y se rapa descompuestamente los cabellos. En este lamentable estado, Zópiro confía a Darío su plan: diré a los babilonios que me martirizaste, y *seré uno de ellos*. Diez días después enviarás mil hombres de tu ejército contra la puerta de Semiramis. Que no traigan más armas que sus puñales, que no te dé pesar alguno si pierden sus vidas. Siete días después enviarás dos mil hombres contra la puerta Nínive y,

veinte días después, cuatro mil contra la puerta Caldea. Después de hacer partícipe a Darío de su secreto, dice Herodoto que Zópiro huyó hacia las puertas de Babilonia “volviendo la cabeza como un verdadero desertor”.

Cuando los babilonios vieron a uno de los hombres más importantes de Persia con las narices y las orejas cortadas, con las marcas de los latigazos y de la *sangre*, *quedaron enteramente convencidos de que decía la verdad*.

Pusieron a las órdenes de Zópiro un ejército y cuando, según lo acordado, llegaron los primeros mil soldados, los mató a todos. Luego exterminó a dos mil en la puerta Nínive y finalmente a cuatro mil en la puerta Caldea.

Asombrados, los babilonios consideraron a Zópiro el mejor de sus generales y le entregaron el cuidado de la fortaleza. Darío envió entonces al grueso de su ejército y encontró abiertas las puertas de la ciudad. Herodoto concluye el relato evocando el afecto de Darío por Zópiro, a cuya mutilación y sacrificio debía su victoria. Por ello le concedió la satrapía de Babilonia, *exenta de tributo*.

Es posible que Zópiro hubiera leído a Homero y encontrara en la *Iliada* inspiración para idear nuevas estrategias de engaño militar y convertirse él mismo en una sombría y doliente versión del caballo de Troya. Pero, a medida que el mundo va perdiendo interés por la inventiva heroica de Zópiro y admiración por la gloria de Darío, se preocupa mucho más por la humillante suerte de los siete mil soldados enviados a una muerte segura.

En la historia de Zópiro está claramente expuesto el principio en que reposa la economía de guerra: sin sacrificio no hay conquista. Ya sea el martirio voluntario de un visionario o la matanza deliberada de la clase de tropa, el dolor y la muerte se truecan a cambio de posiciones y dominios. Esta penosa certeza, fruto de una agobiada memoria histórica, conduce a las comisiones de investigación, sostiene el derecho a saber esgrimido por los ciudadanos y anima la constante indagación llevada a cabo por los medios de comunicación. Todos ellos, en Estados Unidos y en Europa, quieren saber qué hacen los soldados en esa satrapía oriental y conocer al fin el verdadero secreto de Zópiro: el enigma hipnótico de la mutilación y el poder de seducción que despierta un hombre sangrando, sin nariz y sin orejas. Al verlo, un corazón desprevénido tiembla. Enmudece de tristeza. La piedad lo torna crédulo y confiado. Pues ¿quién se haría a sí mismo tanto daño para conquistar Babilonia?

Basilio Baltasar es editor.

Viene de la **página anterior** dos del Atlántico. Europa no está más protegida del terrorismo que Estados Unidos. De hecho, y desafortunadamente, Europa ha sido testigo de una historia más larga de terrorismo. En este contexto, es más esencial que nunca que se sigan promoviendo la cooperación y la ayuda mutua. Además, la coordinación de nuestros esfuerzos es esencial para contrarrestar la proliferación de armas de des-

Una ruta europea hacia la seguridad

trucción masiva. Acercar más nuestros esfuerzos sigue siendo crucial para resolver conflictos regionales. No hace mucho, la situación de los Balcanes nos ha dado la prueba. Hoy, y cierta-

mente en el futuro, será clave para establecer la paz en Oriente Próximo, sin la cual las oportunidades de encontrar una solución a los demás problemas de la región son prácticamente nulas.

De lo aquí dicho se pueden sacar dos conclusiones. En primer lugar, que nuestra asociación será más eficaz cuanto más equilibrada sea. Una mayor capacidad europea debería permitir una mayor acción conjunta.

Y en segundo lugar que, debido a su naturaleza global, la relación transatlántica va más allá de la relación UE-OTAN, por muy crucial que ésta sea. La estrategia de seguridad refleja todo aquello que la Unión Europea significa. No somos un Estado, ni una organización militar. Somos un actor global que, basándose en un proyecto político y económico, reúne los instrumentos civiles y militares que nos permitirán intervenir

activamente en la gestión de las crisis. Por todas estas razones, la Estrategia de Seguridad Europea señala una evolución crucial para Europa. Estoy seguro de que los europeos, así como nuestros socios, podremos beneficiarnos de ella de forma que, juntos, podamos construir un mundo mejor.

Javier Solana es Alto Representante de la UE para la Política Exterior y de Seguridad Común.

CARTAS

AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior** te en la noche y bajo un pasamontañas. Yo iré escoltada, pero definiendo mis ideas sin esconderme y a cara descubierta.— **Manuela Urra**, concejala del PSE-EE en Azpeitia, Guipúzcoa.

Feliz Navidad, señor Trillo

Desde mi pena, quiero que sepa que en la Navidad más triste de mi vida y en la bienvenida más amarga al Año Nuevo, estará usted en mi pensamiento. Sólo un deseo:

Ojalá, mientras esté usted cenando, tenga un breve recuerdo hacia los 62 que cayeron y que esta Nochebuena deberían estar cenando felizmente con sus familias, igual que lo va a estar usted, porque así lo merecían. Feliz Navidad, señor Trillo. Que disfrute de la cena.— **Pilar Ruiz Conde**, viuda del brigada del Ejército del Aire Pedro Rodríguez Álvarez. Logroño.

Más sobre infraestructuras

Dos colegas y buenos amigos, los profesores Aparicio e Izquierdo, han publicado en EL PAÍS, el domingo 23 de noviembre, dos sólidos artículos sobre infraestructuras del transporte y su trascendencia en el desarrollo y en el territorio. Si añado estas apostillas es porque tengo la impresión de que para el ciudadano de a pie algunas cosas de las que afirman no reflejan en términos vulgares la actual situación.

En el desarrollo de los pueblos, la importancia del coste de las infraestructuras y de los sistemas de explotación de los sistemas de transporte han sido paralelos a la evolución económica, cívica, política y militar.

El peso del transporte en una economía actual es importantísimo. Su optimización es la optimización de la propia economía.

No sólo se trata de hacer infraestructuras, sino de hacer aquellas que son mejores que las otras. Y no sólo se trata de explotar infraestructuras, sino de optimizar

sus usos con todas las armas disponibles.

No es evidente ni inmediato que las grandes infraestructuras produzcan desarrollo a su paso. A veces sirven más para ahuyentar que para reunir. Y en general son favorables para los nodos que son su origen.

El término *vertebrar*, que tanto usan los políticos, no implica el tipo de animal vertebrado que se está creando. Un tren de alta velocidad comunica los sitios donde se detiene, para los viajeros, y abandona todos los demás. Podría ser similar a un avión que vuela bajo. Que se lo cuenten a Valdepeñas o a Manzanares lo que ha pasado con los trenes y enlaces ferroviarios que antes frecuentaban sus estaciones.

Se puede dudar fundadamente de las ventajas de llegar de Vigo a Madrid en un tren de alta velocidad en lugar de hacerlo en un avión. Y, sin embargo, no hay duda de que Galicia necesita más comunicaciones interiores y más con las regiones limítrofes, que optimicen social y económicamente la zona, que asienten a la población en

el territorio y fomenten a la pequeña empresa territorial. ¿A quién se le ha ocurrido ir de Madrid a Toledo en alta velocidad, cuando se tarda más en llegar a la estación de Atocha que al destino final? ¿Existe un programa al 2007 (o 2010)? ¿O simplemente un listado voluntarioso y arbitrario, sin estudios serios de costes-beneficios y de promoción territorial? Y hablando del principal medio de transporte terrestre, la carretera, ¿cuánto se ahorra con unos programas rigurosos de conservación y con una política firme de seguridad vial? Se conoce y es evaluable que estas políticas más que costar dinero producen ahorros y beneficios.

¿Se están haciendo las inversiones en carreteras de acuerdo con las necesidades de capacidad y nivel de servicio? ¿Y de las mercancías? ¿Existe alguna política concreta de centros logísticos intermodales, que no sea la emprendida por las iniciativas locales y localistas?

Existen excelentes planificadores en España, en el sector público y en el privado. ¿Sería mucho pedir que tuvieran mayor protagonismo?— **Juan A. Fernández del Cam-**

po, catedrático jubilado de Ingeniería e Infraestructura de los Transportes. Madrid.

Margarita Nelken

En el número de EL PAÍS correspondiente al 7 de diciembre se publicó un trozo del interesante libro *Madrid-Moscú*, de Carlos García-Alix. Una de las ilustraciones acompañando al artículo fue un cuadro del pintor titulado *El maestro y Margarita*, basado en una foto supuestamente de Margarita Nelken que está frecuentemente reproducida en libros y en la prensa. Como biógrafo de Margarita Nelken, le puedo asegurar que tal fotografía no es de ella. No se le parece físicamente y una comparación con otras fotos auténticas de ella muestran diferencias de ojos, nariz, orejas y pelo. Es un tema que he comentado mucho con la familia de Margarita Nelken y me consta que están de acuerdo que dicha imagen no es de ella. Esto, por supuesto, no quita mérito ni al cuadro ni al libro de Carlos García-Alix.— **Paul Preston**.